





LOS FANTASMAS DE LA
TORRE DE LA MORA
LA TORMENTA. 1ª PARTE



Ángel C. Vargas Gómez

LOS FANTASMAS DE LA
TORRE DE LA MORA
LA TORMENTA. 1ª PARTE



Primera edición: junio de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ángel C. Vargas Gómez

ISBN: 978-84-17784-88-1

ISBN digital: 978-84-17784-89-8

Depósito legal: M-18674-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi familia, que tanto les debo



HISTORIA

La mejor manera de conocer a una persona
bien podría ser pedirle que nos cuente su historia de vida;
al menos, sería un buen comienzo.

JOSTEIN GAARDER



Prefacio

La vida transcurre por el aire de La Cala, salpicada del salitre del mar y de la tierra húmeda de su vega, no empieza hoy ni terminará mañana.

Las historias no tienen principio ni tampoco final.



I

La noche estaba preñada de tranquilidad. Pasear por la orilla del mar a la luz de la luna llena, que encendía la oscuridad, hacía que todo resplandeciera a los ojos de los caminantes. Las recias botas se hundían en la arena, gris y fina, que ocupaba todo desde el borde del mar hasta la línea donde comenzaban las primeras casas del pequeño pueblo. El cabo primero Fernando y el guardia Cristóbal no paseaban por voluntad propia por aquel bucólico paisaje nocturno. Como era costumbre, en las parejas del Cuerpo, el cabo abría la marcha y el guardia lo seguía a una distancia reglamentaria de, al menos, ocho pasos. Caminaban en pos de levante, con la luna llena a su costado sobre un mar en calma, que les hacía parecer sombras imaginarias. El sonido de las olas del mar, suaves y cadenciosas, los acompañaba como única melodía en la vigilancia nocturna.

—Cristóbal —dijo Fernando, deteniéndose sobre sus pasos y volviéndose hacia el guardia—, ¿te apetece fumar? —en sus labios sostenía un cigarro grueso que acababa de liar, del que asomaba el tabaco por su punta. Chasqueó el pedernal de su encendedor y la tira de hilo de algodón se enrojeció viva. Aspiró profundamente y el humo comenzó a elevarse por encima de su gorra.

—No, cabo, gracias —respondió Cristóbal respetuoso—, ya sabe usted que no fumo.

Cristóbal se había detenido en seco y no se acercó al cabo Fernando mientras le respondía. Era un joven con poca veteranía en la Guardia Civil, pero algo que había aprendido, de lo principal, era que el régimen estricto que se llevaba hasta el extremo del

cumplimiento, llevaba intrínseco en sí mismo que podría tratarse de una prueba a la que lo estaba sometiendo el cabo Fernando. En aquel momento podría dar cuenta de él y a saber cómo y dónde terminaría destinado, como poco. Después de lo que le había costado integrarse en el puesto, tras haber servido en las filas nacionales en la guerra, no iba a jugarse por nada que lo echaran de aquel lugar.

—Gracias, cabo —repitió de nuevo al ver que lo seguía mirando—, no me gusta fumar. El tabaco me sabe a hierba seca y el humo me hace toser.

El cabo Fernando aspiró una profunda calada del cigarro y asentó los pies sobre la arena. Era un hombre tranquilo, paciente. Atesoraba la calma que dan los años, el paso del tiempo y tener en sus retinas las visiones más pavorosas que una guerra pudiera ofrecer. Cuando se iniciaron los terribles sucesos, que destrozaron el país de parte a parte, Fernando era un guardia más destinado en Málaga capital. Allí vivió horrorizado los desmanes de unos y otros, nacionales y populares, militares y milicianos, hombres y mujeres. La ciudad se convirtió en una especie de infierno donde nadie estuvo a salvo por ninguna de las partes. Le tocó vivir la sinrazón de un tiempo en el que le obligaron a disparar contra la población primero, asaltar centros neurálgicos después y, tras ser reducido y ser llevado a la cárcel como un golpista más, oír el paso de los aviones lanzando bombas, para ser testigo de las «sacas» de presos, donde solo la fortuna hizo que no fuera unos de los cientos de fusilados. Las terribles experiencias le habían conferido otra visión del mundo que lo rodeaba. No era un hombre obcecado con la ley, sabía discernir y se hacía entender. Cuando llegaron las tropas del ejército sublevado y tomaron la ciudad, comprobó horrorizado que sus salvadores estaban cometiendo las mismas, o peores atrocidades, que las que habían cometido tiempo atrás los que a él mismo lo habían encarcelado. El horror de la guerra le hizo convertirse en un hombre calmado, un hombre distinto. Al finalizar todo pudo regresar al servicio y más tarde marcharse de la

destrozada ciudad, para ir hasta el pequeño pueblo costero donde ahora se encontraba destinado.

Al incorporarse a La Cala el nuevo sargento, Ricardo Gotospi, ante la ausencia de otro mando que lo ayudara en las labores de organización y como perfecto conocedor de la demarcación del puesto, propuso al mando nombrar cabo a Fernando, con la consiguiente alegría para él, su esposa Eugenia y el resto de compañeros del cuartel, que lo tenían en gran estima. Fernando era el típico miembro del Cuerpo que conocía a todos y cada uno de los habitantes del pequeño pueblo y las pedanías de los alrededores. Desde el primer momento pudo reconocer en su nuevo mando los aspectos más oscuros y ocultos de las personas. El sargento le recordó en muchas ocasiones las imágenes de su propio sufrimiento, que se habían quedado grabadas en su mente. Sabía que el joven sargento no iba a convertirse en la persona más justa del mundo en aquel su nuevo destino, y que habría muchos de sus compañeros, y personas del pueblo, que lo iba a sufrir en sus propias carnes.

—Venga, Cristóbal —repitió el cabo Fernando—, acércate hombre, que el sargento hoy no sale de vigilancia, se ha marchado esta tarde a Málaga.

Fernando, cabo veterano, había captado la indecisión de su joven acompañante y lo entendía. En la Guardia Civil los deslices se pagaban caros. Muchos de sus compañeros habían sido trasladados a cientos de kilómetros de sus casas, como el castigo más leve, o habían sido directamente expulsados por el simple hecho de haberlos descubierto durmiendo o en un lugar de vigilancia que no les correspondía. Antes y durante la guerra las cosas habían sido duras pero, ahora, después de haber finalizado, además de dura la vida se había convertido en una lucha continua, de la inmensa mayoría de la gente del pueblo, por la simple subsistencia. Todos trataban de sobrevivir sin más: los guardias y el pueblo. Los primeros tenían la suerte de tener un sueldo fijo, que en aquella época era como un pequeño tesoro cada vez que llegaba, que no era todos

los meses. Pero a cambio se había cernido sobre todos una férrea manera de guiarlos que llegaba a ser asfixiante. El sargento Gotospi sabía aplicar aquel ahogo de la forma más exhaustiva posible.

Cristóbal volvió a dudar, pero se acercó. A falta de un familiar en el que apoyarse, el cabo Fernando se había convertido en su modelo al que imitar. La esposa del cabo, Eugenia, lo trataba como a un hijo. Ellos eran un matrimonio que llevaba casado más de veinte años y ambos estaban cerca de cumplir los cincuenta. Su única pena compartida era la de no haber podido tener hijos. Por ello, cuando Cristóbal llegó de la guerra, y entró al cuartel a presentarse, ambos lo acogieron como si lo fuera, como el vástago que nunca habían tenido.

Cristóbal comenzó a andar lentamente, con la mano sujetando la cincha que sostenía el mosquetón sobre su hombro derecho, y se acercó hasta el cabo. El reflejo de la luna iluminaba a Fernando y hacía que su figura se viera oscura a los ojos de Cristóbal. Podía intuir el enorme mostacho oscuro que poblaba abundantemente su labio, bajo su nariz regordeta y rechoncha. El cabo Fernando era un hombre rollizo y de prominente abdomen que le hacía tener aspecto bonachón, además de serlo en realidad.

Se encontraba a un par de metros del cabo cuando algo llamó su atención. Tras Fernando se dibujaba la línea del pueblo, las pocas casas que recorrían el borde de la playa y sobre él sobresalía el perfil de la antigua torre de vigilancia. Cristóbal conocía la historia de la torre, la había oído de los convecinos en cientos de ocasiones. Contaban que la torre de piedra llevaba allí desde hacía siglos, observando cómo el pueblo florecía tranquilo a la orilla del mar, siendo testigo de la vida de todos y cada uno de sus pobladores. Había sido construida en el siglo XVI, junto a una cadena a lo largo de toda la costa, para evitar ser sorprendidos por los piratas berberiscos y sus aceifas. Era parte de una multitud que fueron levantadas y su estado de conservación exterior era mucho mejor que el interior. Había servido de torre vigía, almacén de grano, lugar de reuniones. Ahora los niños del pueblo la usaban de torre

de juegos y no había sido la primera vez que alguno de ellos había caído desde sus murallas y se había roto alguno de sus huesos.

En torno a ella corría una leyenda, como en casi todos los pueblos. La historia había pasado de generación en generación y los sucesos extraños habían avivado, a través de los años, aquella leyenda: La leyenda de la torre de la mora.

Contaban las historias de los abuelos que en la época de los ataques de los corsarios berberiscos, hacía muchos siglos cuando se construyeron las torres, una de aquellas aceifas morunas que llegó hasta la costa con la intención de llevarse jóvenes, mujeres y hombres para venderlos como esclavos en alguna de las medinas africanas, arribaron hasta las escasas casas de la pedanía costera de Málaga. Solían asaltar las zonas abandonadas de tropas y llegaban hasta las casas, diseminadas por la costa mediterránea, secuestrando a todo aquel susceptible de ser vendido como esclavo y robar todo aquello de valor que pudieran llevarse. Una de aquellas partidas, un barco solitario, fondeó alejado de la torre vigía. Los soldados moriscos desembarcaron en una pequeña falúa hasta la orilla y recorriendo esta, lo más ocultos posible, llegando hasta ella y matando a los soldados que hacían la vigilancia. No tuvieron tiempo de dar la voz de alarma ni de hacer las señales para avisar al resto de torres y gentes del lugar del ataque. Aquel barco era gobernado por un *ra'is*, jefe militar, que viajaba hacia un nuevo destino en el interior del Mediterráneo, a lo largo de la costa africana. Por aquel motivo lo acompañaba su joven esposa sarracena y todos sus enseres. Dejó a la mujer en la nave en la que viajaban, con una escasa vigilancia, y se adentró con sus tropas en tierra en busca de su botín: quería regalarle una joven esclava cristiana a su esposa.

Mientras los asaltantes hacían su batida, una mesnada cristiana de vigilancia había divisado el barco pirata fondeado cerca de la orilla. El jefe de los soldados era un valiente caballero, de nombre Romualdo. Al observar la nave se lanzaron al mar. Llegó nadando con varios de los suyos hasta ella y la abordó en silencio. Mató a

todos los que allí estaban y levantó el áncora del barco, para hacer que este quedara a la deriva y, llevado por la corriente, se estrella- ra contra las rocas de los acantilados cercanos. Tras el ataque los soldados habían comenzado a regresar a nado hasta la orilla y solo quedaba él en el barco, cuando de las bodegas salió una mujer en- vuelta en ropas arabescas de seda azul, casi transparentes. Llevaba un *niqâb* que solo dejaba sus ojos a la vista del caballero. Romualdo se sorprendió y regresó hasta ella. La tomó del brazo y la llevó hasta el borde de la nave obligándola a saltar. La mujer no opuso resistencia. Ambos nadaban hacia la orilla cuando del interior del barco salieron dos sarracenos y se hicieron con su gobierno. Se ha- bían agazapado al sentirse atacados y esperaron a que abandonaran el barco para salir de las bodegas. Remontaron la corriente a duras penas, desplegaron su vela y lo guiaron hasta cerca de la torre vigía, donde sabían que el *ra'is* los esperaría.

Cuando Romualdo y la mujer llegaron a la orilla, se unieron al resto de soldados que quedaron sorprendidos al verla, pero no dijeron nada a su señor. La ropa húmeda de la mujer, seda fina y delicada, se ciñó a su cuerpo y los soldados pudieron comprobar que se trataba de una hermosa y joven mora de cuerpo esbelto y sensual. Tras las indicaciones de Romualdo, que tuvo que gritarles para que dejaran de mirar a la mujer, los soldados marcharon a la carrera intentando alcanzar el barco por la orilla del mar. Sabían que intentarían recoger al resto de sus compañeros y que estos estarían esperándoles tras cometer su ataque en tierra. Cuando lle- garon a su altura observaron cómo los piratas, que estaban en la playa, se habían lanzado al mar y nadaban a toda velocidad has- ta la nave. Nadie los acompañaba y vieron cómo dejaron muchas de sus pertenencias, armas y algunos objetos robados, en la orilla. Cuando los soldados llegaron al lugar donde se encontraba el bar- co, frente a la torre de vigilancia de las escasas casas del pueblo, aquellos ya estaban sobre la cubierta y posaban desafiantes. El *ra'is* miraba hacia la playa, donde estaban los hombres y de repente vio a su esposa junto a su secuestrador. La mujer comenzó a gritar en

su lengua camítica y su captor la sujetó enérgico por el brazo. Su esposo dio la orden y el barco emprendió la marcha en pos del viento de levante. Mientras el barco se alejaba, él se quedó mirando la orilla sin decir nada, sin dejar de clavar sus ojos en la que era su mujer.

Ella cayó de rodillas sobre la arena de la playa y comenzó a sollozar desconsolada. Los hombres comenzaron a reír y Romualdo les ordenó que callaran. En un descuido de la vigilancia, mientras se dirigía a los soldados, ella escapó corriendo y entró en la torre vigía. Subió a toda velocidad por la escalera interior, sin que ningún hombre pudiera alcanzarla antes que llegara a lo alto. Allí estaban todavía los cuerpos calientes de los dos soldados que habían asesinado los piratas. La luz de dos hachos iluminaba todo a su alrededor haciendo que las sombras deambularan a su paso y pareciera que danzaran con la mujer en un baile nervioso y alterado. Todo estaba ensangrentado y al poner las manos en el suelo de la azotea de la torre, para subir, se las manchó del rojo líquido derramado por los soldados degollados. Tomó uno de los cuchillos que llevaban uno de los hombres muertos en su cintura. Los hombres a los pies de la torre no habían podido reaccionar, solo Romualdo tuvo tiempo de perseguir a la mujer hasta el interior. Estaba asomándose por el acceso que daba al techo, donde estaba la mujer, cuando vio cómo se subía a lo más alto del muro que circundaba la parte superior, y comenzaba a cantar. En su mano sujetaba fuertemente el cuchillo. Su voz era dulce y melodiosa, su canto era tranquilo y apacible. Romualdo quedó atónito al oír a la mujer. No supo reaccionar.

Todos los soldados estaban en la playa observando la escena. La mujer, subida en el borde de la torre, parecía implorar al viento el regreso de su marido. Romualdo se acercó a ella con el arma baja y la mano extendida, intentaba hacerla regresar al suelo de la torre. Ello lo miró, a través de aquel pañuelo que cubría su cara. Sus profundos ojos oscuros se clavaron en él, que se detuvo y retrocedió un paso. Ella levantó el cuchillo en su dirección y con la mano

libre comenzó a quitarse el *niqâb*. Descubrió su rostro para él y Romualdo se dio cuenta que era una mujer joven y bellísima. Lanzó la prenda al aire, que ligera como una pluma se acunó mecida por el viento. Fue suavemente a caer a los pies de Romualdo, que la tomó entre sus dedos y notó la suavidad de la seda entre ellos. Cayó prendado de la mujer de inmediato, lo supo al momento. Sonrió para él dulcemente. Ella comenzó a hablar despacio, él no comprendió lo que le estaba diciendo, pero ya no parecía implorar. Sus cabellos azabaches volaban a su alrededor, elevados por la brisa marina. El olor a salitre llegaba hasta sus sentidos y le hacía aspirar fuertemente, sintiendo el mar en sus pulmones. La melena llegaba hasta su cintura y su negrura se confundía con la noche que los envolvía. Sus ojos brillaban con fuego intenso y su mirada se clavó en los ojos de Romualdo mientras le hablaba pausadamente, como si él entendiera todo lo que le estaba diciendo. Ella abrió sus brazos mientras continuaba con su discurso embriagador. No dejaba de mirarlo y su boca se disfrazaba en un gesto que recorrió la espalda de Romualdo. Comenzó a sentirse azorado por la mirada de aquella mujer, y tuvo un escalofrío incontrolado que cruzó todo su cuerpo.

—Vamos, ven —dijo él, haciéndole un ademán suave con la mano extendida, mientras mostraba en su rostro una expresión amable.

Ella sonrió y él se asustó; lo vio en sus ojos. No entendía lo que le estaba diciendo, en su idioma árabe, pero vio en su cara la serenidad que no había visto en muchos hombres durante una batalla. La mujer gritó al cielo y solo pudieron entender la palabra Alá. Miró a la lejanía, hacia levante, por donde el sol comenzaba a elevarse iluminando la línea del horizonte de un rojo que vaticinaba el futuro, pero ya no vio las velas de la nave donde iba su marido. Llevó el filo del cuchillo de su mano hasta su cuello, lo afianzó con la otra mano a él y miró fijamente a Romualdo, que era quien la había separado de su amor verdadero. Se asustó y ella vio el pavor en su rostro: había comprendido lo que estaba a punto de hacer. Volvió

a sonreír y aún lo hacía mientras un reguero de sangre comenzó a salir de su garganta. Una línea oscura se abrió bajo su barbilla, cruzando su cuello de lado a lado. La piel, blanca como la luna, se impregnó de una rojez viva, brillante, que apagó su luz mientras también lo hacía el resplandor de sus ojos. El cuchillo resbaló de la mano de la mujer y sonó metálico al caer sobre la piedra dura y fría del suelo de la torre. Romualdo intentó evitar que cayera, pero no llegó a tiempo. Mientras se asomaba al borde de la torre todavía pudo ver cómo la mujer caía de espaldas. Sus ojos, aún vivos, se clavaron en los suyos y ya nunca más pudo olvidarlos. El sonido seco del cuerpo apagó la vida de la mujer cuando impactó contra el suelo, cerca de los soldados que miraban atónitos la escena.

Desde entonces, contaban aquella leyenda que había pasado de padres a hijos. En ocasiones algunos habían visto a una mujer encima de la torre, una mujer que cantaba al viento en un idioma que no entendían, una mujer que vestía ropas árabes y envolvía su rostro en un *niháb*. Todos estaban convencidos que era la mujer mora, que tornaba cada cierto tiempo y volvía a llamar a su amor, esperando que regresara a buscarla. Después de siglos aún lo anhelaba. Cada cierto tiempo alguien la había visto en el pueblo y nadie dudaba de que aquella mujer hubiera sido real alguna vez. Romualdo nunca se casó ni tuvo descendencia. Todos creyeron que la mujer lo había maldecido de por vida a sufrir el mismo desamor que él le había infligido, separándola de su marido.

Cristóbal se sobresaltó y el cabo Fernando lo vio en su semblante.

—¿Qué pasa muchacho, qué has visto? —dijo Fernando al tiempo que se volvía y empuñaba su mosquetón reglamentario entre las manos.

Fernando esperaba que no fuera el sargento Ricardo, «era lo que le faltaba», pensó. La relación con el joven sargento no era todo lo buena que debía ser entre ellos. La juventud lo hacía ser

demasiado orgulloso y altivo como para dejarse aconsejar por un cabo viejo y curtido como él.

—Es una mujer, cabo. Una mujer acaba de entrar en la torre de vigilancia.

Cristóbal parecía haber visto un fantasma. Nunca había creído en aquella leyenda de la mujer mora. Conocía su historia desde que llegó al pueblo, porque todos sabían la historia de la torre de la mora, pero había visto algo detrás del cabo, junto a la torre, y estaba seguro de que sus ojos no le habían engañado. Mudó el rostro y una expresión sagaz se apropió de su cara. Sacó la cinta que sujetaba su mosquetón al hombro y montó el arma, que resonó con un ruido metálico por toda la playa.

—¡Cristóbal! —dijo Fernando, a la vez que daba un paso atrás y se sorprendía—. Muchacho, que me vas a pegar un tiro a mí.

Cristóbal había estado en una guerra y sabía perfectamente cuál debía ser el manejo de su arma reglamentaria. En los ejercicios de tiro rutinarios, que llevaban a cabo en el cuartel cada cierto tiempo, él siempre había sido el mejor de los tiradores. Tener que defender su vida en la batalla día tras día, lo había convertido en un experto tirador. El resto de sus compañeros lo sabían y no dejaban de preguntarle, cada vez, que les contara cómo había aprendido a disparar de aquella manera, pero Cristóbal nunca decía nada de lo que le había sucedido en el frente. Era una parte de su vida que llevaba clavada en su interior y que se negaba sistemáticamente a relatar a nadie. Ni siquiera el cabo Fernando y su mujer, con los que más trato tenía en el cuartel, consiguieron sacarle nunca ni una sola palabra de lo que había sufrido.

Cuando llegó a su destino, después de la guerra, Cristóbal tenía el aspecto de un joven escuálido y demacrado. La contienda lo había tratado mal, y se veía reflejado en su rostro el desaliento, la lucha y la muerte. Sus ojos, negros y profundos, no tenían el brillo vivo que debía atesorar un muchacho de veintiún años en la plenitud de la vida. Cuando se marchó de su pueblo era un joven, de oficio ajustador, cuya única expectativa de la vida era tener

una familia y vivir de la mejor manera posible. La guerra partió sus sueños por la mitad. Tras la contienda se unió al puesto de la Guardia Civil de La Cala, antiguo cuartel de Carabineros, donde había otros ocho compañeros más además del cabo Fernando. Al mando de todos ellos un joven sargento, alrededor de la treintena, llamado Ricardo Gotospi. Nadie sabía cómo había llegado a ser sargento tan joven, cuando el resto de mandos de la Guardia Civil eran personas mucho más envejecidas. Rondaban, como en todos los cuarteles, historias de todo tipo: desde que era el hijo de un potentado cercano al nuevo mando militar, hasta que había luchado en la guerra con gran honor y valentía y al entrar en el Cuerpo habían nombrado directamente sargento. Lo del honor lo dudaron sus propios compañeros del cuartel al poco de estar a sus órdenes. Aquel hombre pronto les demostró que los escrúpulos no era algo que le fuese a impedir tener todo lo que deseara y que el artículo primero de la cartilla del Cuerpo, «El honor es la principal divisa del guardia civil», no le iba a impedir conseguir lo que quisiera, ya fuera material o humano.

Cuando Cristóbal llegó al puesto y se puso a las órdenes de su sargento, este le indicó el lugar donde iba a vivir. Todos los componentes del Cuerpo tenían domicilio en el cuartel. Las familias se apelotonaban en habitaciones minúsculas y el que peor lo pasaba era el guardia Santiago Téllez, su mujer y sus cuatro hijos. Por tener más familia que los demás le habían asignado una parte del cuartel con dos habitaciones, que escasamente cubría sus necesidades de espacio. Allí dentro, como el resto de componentes, tenían que cocinar, dormir, comer y, en definitiva, vivir. La mayoría de veces no se quejaban de ello, pero la vida, en ocasiones, se hacía dura para las familias y los propios guardias en aquellas condiciones. El cuartel se dividía en dos partes, en una de sus alas vivían todos los guardias que tenían familia y en el otro ala el sargento, jefe del puesto, y los solteros. Bajo esa zona estaban las dependencias oficiales y los calabozos.

El día que llegó Cristóbal a su destino no traía nada en sus manos, salvo la cartilla salvoconducto donde indicaba su condición

de guardia civil y su nuevo destino. Se presentó al sargento que, reclinado en la silla de su despacho, lo miró de arriba abajo y nunca hubiera creído que aquel desastroso chico iba a convertirse en uno de sus hombres. Lo hizo estar en la posición de firmes todo el tiempo que lo tuvo ante él y lo escudriñó de arriba abajo tratando de explicarse de qué inhumano agujero había salido aquella especie de hombre desharrapado. Cristóbal trató de mantener la posición lo más solemnemente que pudo y desde la primera vez que vio al que iba a ser su mando en aquel puesto, supo que no se iban a llevar bien. Tenía un sexto sentido para calificar a las personas que casi nunca le había fallado. En esta ocasión le estaba diciendo que aquel hombre, que se sentaba desganadamente ante él y que lo miraba con ojos de desprecio, lleno de pedantería, no iba a ser precisamente el mejor de sus compañeros.

El sargento Gotospi continuó mirando a Cristóbal mientras mantenía su documento en la mano. Lo cogía como si el trozo de papel estuviera a punto de morderle los dedos.

—¿Pero se puede saber de dónde cojones has sacado esta inmundicia? —le gritó el sargento sin ni siquiera mirarlo.

Cristóbal había sufrido tanto en la guerra, a pesar de su juventud, que se había imbuido así mismo de una calma y tranquilidad en el porte que solía hacer exasperar al que tenía frente a él. En este caso el sargento no necesitaba de mucha de esa flema que Cristóbal practicaba, como un hombre de mucha más edad que la que él tenía, para hacer que saltara en chispas.

—Verá, mi sargento —comenzó a decir pausadamente Cristóbal—, he tenido algunos problemas con el transporte para llegar hasta aquí y... —el sargento no lo dejó acabar la frase.

—¡Me importan una mierda tus problemas para llegar hasta aquí! —le gritó, escupiendo rabia por su boca—. Se ve que no te han enseñado nada bueno hasta ahora, tendré que enseñarte yo aquí.

Gotospi se acercó hasta Cristóbal y al respirar cerca de él se alejó de inmediato. El tufo de aquel hombre le decía que lo había

tenido que pasar bastante mal hasta llegar al pueblo. Su cara y su cuerpo estaban delgados hasta el extremo; su negro pelo caía rizado sobre su frente y un minúsculo y fino bigote recorría su labio superior, como una línea de hormigas desconcertadas. Su tez era morena, muy morena, y sus brazos, bajo el traje sucio que llevaba, se intuían escuálidos. Bajó la cabeza y comprobó que llevaba unos pantalones de tela recia y unas botas sucias que tenían el aspecto de haber caminado durante muchos kilómetros antes de llegar allí.

—Está bien, soldado —la palabra soldado sonó con desprecio en la boca del sargento—. ¡Cabo! —gritó—, deja de oír detrás de la puerta y ven aquí.

El cabo primero Fernando se removió sobre el lugar que se encontraba y el sonido se anunció tras la puerta de la oficina del sargento. A los pocos segundos entró sudoroso y con la cara enrojecida.

—A la orden, mi sargento, dígame qué ordena —se mantenía en posición de firmes con el brazo levantado y la punta de los dedos tocando su gorro de cuartel.

—Llévate a este —le ordenó despectivamente el sargento.

El cabo Fernando primero mostró sorpresa en su rostro, pero después sonrió y contestó al sargento.

—Por supuesto mi sargento, lo acompañaré hasta la habitación de los solteros —dijo mostrando en su cara una sonrisa abierta y sincera.

El sargento miró de reojo al cabo, por encima del hombro de Cristóbal, mientras un chasquido salió de su boca.

—Vaya —miró fijamente a Cristóbal—, parece ser que al cabo le has caído bien, es demasiado bueno. Está bien cabo, llévatelo ahora mismo, que se bañe, que coma algo y me lo adectes un poco. Que se presente aquí esta tarde, tendré preparada alguna tarea para que se entretenga. A ver si somos capaces de componer un guardia en condiciones, que nos pueda servir de algo algún día.

—A sus órdenes, mi sargento.

El cabo Fernando posó su mano en el hombro de Cristóbal y este se despidió del sargento antes de salir de la habitación. Cuando estaba en la puerta el sargento comenzó a hablar de nuevo a su espalda.

—Muchacho —le dijo—, ya puedes espabilar y hacerme ver que tu vida vale más de lo que has luchado por ella en la guerra, o vas a durar poco aquí. Mis hombres deben estar curtidos, ser abnegados y obedecerme sin dudas en todo lo que les ordene. Empieza por aprender esto y llegaré a hacer de ti un guardia de provecho, o te echaré del Cuerpo en menos de una semana.

—Procuraré no defraudarle, mi sargento —contestó Cristóbal y se marchó tras el cabo Fernando después de saludar militarmente, haciendo sonar ahogadamente los tacones de sus botas.

Desde aquel día habían pasado más de dos años. Trató de no sobresalir en nada y cumplir todas y cada una de sus obligaciones como el guardia más disciplinado. Aquel sargento le había mostrado, desde que lo conoció, que le iba a hacer la vida todo lo difícil que fuera posible. Y trató de cumplirlo cada día.

—Cristóbal, muchacho, cuidado con el mosquetón que vas a dejar viuda a mi Eugenia —dijo el cabo Fernando apartando el cañón del arma de Cristóbal a un lado.

Ambos se giraron para mirar hacia la torre. El cabo no vio nada y se volvió hacia Cristóbal. Encogió los hombros y, soltando un suspiro profundo, retiró con sus dedos la parte final encendida del cigarro que acababa de empezar. El resto lo guardó en el bolsillo de su sahariana. No le había dado tiempo a saborearlo. Se quejó aleteando su nariz.

—¿Se puede saber qué demonios has visto, hijo? —preguntó Fernando intrigado al joven guardia.

Cristóbal no respondió y, adoptando una postura recogida de su cuerpo, comenzó a avanzar hacia la torre de vigilancia. El cabo Fernando bufó cerrando los ojos y sacó su pistola reglamentaria de

la funda de cuero que la portaba. No la montó. Esperó que Cristóbal avanzara y anduvo a unos metros de él. En paralelo se alejó de su compañero y, sin perderlo de vista, comenzó a acercarse a la torre por la parte derecha, la más próxima a la playa. Mosquetón en ristre Cristóbal continuó avanzando agazapado. Se acercó a la torre aproximándose a un murete de cañas que habían puesto en aquel lugar. Este evitaba que cuando soplara el fuerte viento la arena volara hasta inundarlo todo. Recorrió la línea que separaba la arena de la tierra, sin quitar la vista de las piedras de la torre. Por fin pudo colocarse de manera que veía la entrada. Era un vano redondeado, de una altura inferior al metro sesenta y en la que no había puerta ni reja alguna que impidiera el paso a su interior. Tras la torre, y en dirección a la playa, vio al cabo Fernando que se había colocado estratégicamente para ofrecerle protección mientras él se aproximaba. El cabo le hizo una señal con la mano para que avanzara hasta la torre y Cristóbal comenzó a acercarse a ella.

No temía que fueran ladrones los propietarios de la sombra que creía haber visto. La Guardia Civil en esa demarcación costera se dedicaba, principalmente, a evitar el contrabando constante que, tras venir de África y de Gibraltar, cruzaba todo el mediterráneo tratando de llevar, a la inmensa mayoría de la población, aquel género que les era imposible de conseguir por otros medios. La escasez era tal que, a veces, la única forma que una familia tenía de alimentarse era que uno de sus miembros se arriesgase a ello. La gente trataba de ganarse la vida como podía y el gobierno había ordenado, a fuerza de ley, que la Guardia Civil se dedicara en cuerpo y alma a la búsqueda y captura de contrabandistas. A ello se sumaban los coletazos finales de la guerra. Aún quedaban multitud de grupúsculos revolucionarios escondidos en las montañas, y en zonas rurales de difícil acceso, que hacía que la vida en algunos Puestos de la Guardia Civil más rural de la España de la época fuera, cuanto menos, muy peligrosa a cada paso que daban.

Cristóbal consiguió avanzar oculto entre las sombras de las cañas y madera que dominaban aquella parte del pueblo. No quería

que le sorprendieran de ninguna manera, y al llegar a la zona más próxima a la calle de tierra que llevaba a la torre se detuvo. Le hizo un gesto con la mano al cabo. Se tocó la mejilla, bajo el ojo derecho, y después señaló con el dedo tras la valla. El cabo Fernando lo entendió perfectamente y con un gesto le indicó que podía avanzar sin peligro. Cristóbal se ajustó la gorra de plato, que distinguía a los guardias de las unidades fiscales. Afianzó sus pies al suelo y se impulsó para comenzar una rápida carrera que lo llevara hasta la entrada de la torre. Estaba seguro de que había visto a alguien entrar, a una mujer. Al llegar a la torre pegó su espalda con violencia contra el muro de piedra, junto a la puerta. Silbó y a los pocos segundos el cabo Fernando apareció a su espalda resoplando. Había rodeado la torre por la parte contraria a la que se había acercado Cristóbal y se puso a su lado, hombro con hombro, con la pistola en la mano.

—Pero muchacho —insistió Fernando—, ¿estás seguro de que has visto a alguien? —empezaba a dudar que hubiera nadie y temía que lo que había visto el joven guardia era más producto de su imaginación que otra cosa. Recordó la leyenda de inmediato y sonrió para sí. No le dijo nada.

—Cabo, estoy seguro de que he visto a alguien bajar por la calle y entrar en la torre —aseveró con firmeza.

Fernando resopló por la nariz y le hizo una señal con la cabeza para que entrara. Cristóbal se preparó, respiró profundamente y, poniendo el mosquetón de lado para poder acceder por la estrecha puerta, se adentró con toda la violencia y velocidad que pudo imprimir en la maniobra. Cruzó la estancia de lado a lado, tropezando con varias piedras sueltas que había en suelo. La torre era demasiado vieja para aguantar el paso del tiempo sin que algunas de ellas se hubieran desmoronado. Cuando por fin consiguió que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad de aquel lugar, llamó al cabo para que entrara mientras le decía que no había nadie. Fernando entró mostrando una sonrisa bajo su mostacho y guardó su arma de nuevo en la funda. Se quedó cerca de la puerta y comenzó a dar patadas a algu-

nas de las piedras. De repente, un ruido en la parte alta de la torre les llamó la atención. Cristóbal señaló hacia el techo, a la abertura que llevaba arriba. Se acercó a los hierros que había clavado en la pared, que servían para acceder a la parte superior y apoyó el mosquetón en un lateral. Sacó su pistola y la empuñó en una mano. Comenzó a subir mientras el cabo Fernando lo observaba expectante. Un grito agudo les sorprendió cuando estaba a punto de llegar arriba.

—La mora se ha vuelto a suicidar —dijo Fernando sin poder contener ya su risotada.

Cristóbal asomó la cabeza lentamente por el hueco a la vez que su arma y escrutó la azotea en busca de la persona que había visto. Bruscamente subió el último escalón y de un salto se plantó arriba. Varias gaviotas echaron a volar sobresaltadas, graznando al viento todo lo que sus pescuezos les permitían. La carcajada del cabo Fernando sobresalía por encima de ellas.

Cuando Cristóbal bajó por las escaleras, el cabo estaba fuera de la torre y continuaba riéndose. Le dijo que se colocara la gorra, que se le había caído al subir la escalera, no fuera que lo pillaran sin ella puesta y tuvieran que dar más explicaciones de la cuenta.

—Pues no le veo la gracia, cabo —intentaba justificarse Cristóbal—. Estoy seguro de que he visto a alguien entrar en la torre, y no era una sombra ni ningún fantasma.

—Parece mentira que lleves tanto tiempo aquí —respondió Fernando sin poder hacer que la sonrisa se le borrara de sus labios—. Has escuchado tantas veces la historia de la mora que era extraño que no la hubieras visto ya.

Cristóbal continuaba seguro de haber visto a una persona de verdad.

—Anda, vamos para los acantilados, no sea que no se nos cuele alguien hoy y a ver cómo le explicamos al sargento que estábamos en la torre intentando atrapar a la mora —se giró antes de empezar a andar y le miró a los ojos—. He de confesarte que yo también la he visto en alguna ocasión, pero no se lo cuentes a nadie —le guiñó un ojo, sonrió y comenzó a andar.

El cabo Fernando estuvo tentado de contarle a Cristóbal que aquella torre era del siglo XVIII. La historia de la mora era contada por los abuelos en el pueblo desde hacía tantos años que nadie sabía cómo se inició. Todos la conocían. En la costa malagueña había una sucesión de torres vigía, que sí eran de la época en que los berberiscos atacaban las pequeñas poblaciones y se llevaban a todas las personas que encontraban para venderlas como esclavos, pero la torre de La Cala no era de aquellas. Fernando miró a Cristóbal durante unos instantes inmerso en la incertidumbre de sus propias visiones. Pensó que debía, poco a poco, escapar de los miedos que había atesorado durante la guerra. Él mismo aún guardaba parte de aquellos miedos en su corazón. Decidió dejar que, con el tiempo, él mismo averiguara la verdad sobre aquella torre de la que se alejaron sin más.

El cabo Fernando comenzó a caminar y Cristóbal esperó a que se alejara lo suficiente. Contó para comenzar a seguirle hasta que estuvo a más del doble de la distancia reglamentaria de ocho pasos. Seguía oyendo la risa hueca que se le escapaba al cabo de vez en cuando.